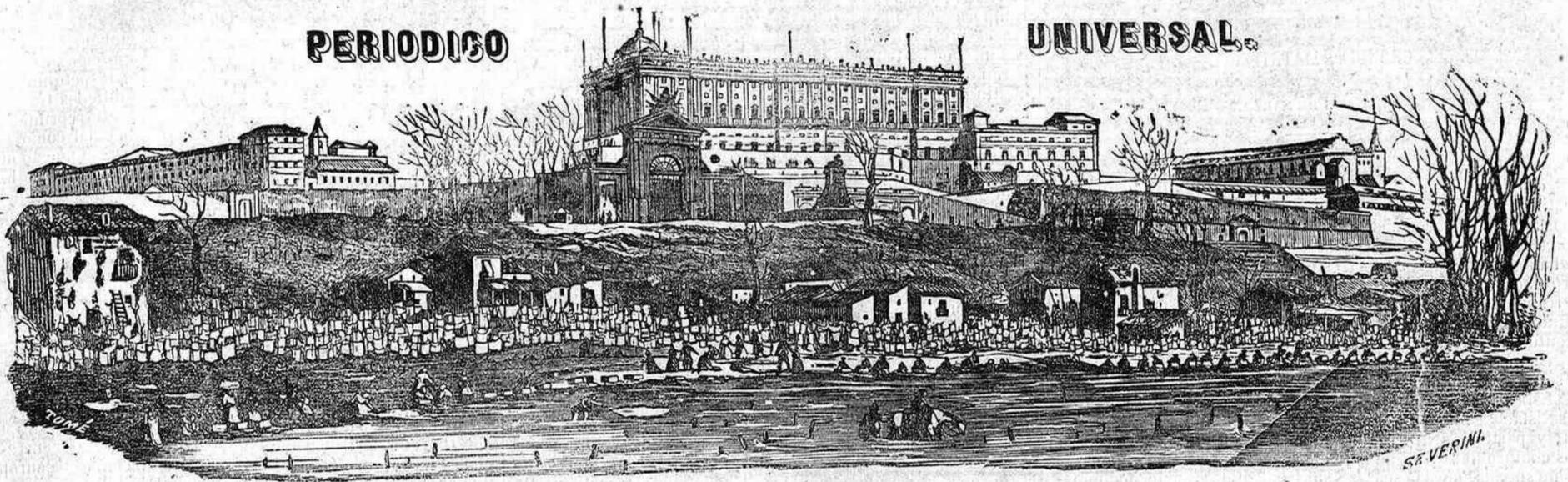


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 14.—SÁBADO 3 DE ABRIL DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

LA CRUZ.

Escribimos para un número de LA ILUSTRACION destinado á estar en manos de nuestros lectores en los días solemnes señalados por la Iglesia para conmemorar el drama sublime que terminó con el sacrificio del Hombre-Dios en lo alto del Gólgota.

Al frente colocamos el signo bendito de la redención del género humano, emblema sencillo, pero elocuente, del Cristianismo.

¡Qué influencia ejerce en nuestro espíritu la contemplación de la Cruz!

Si en el fondo de una profundidad imponente, entre las quebraduras de un grupo de peñas de color oscuro, medio ocultas por el follaje, ó a la orilla del mar, en un punto triste y solitario que convida á la meditacion, se alza uno de esos signos que recuerdan al hombre la existencia de Dios, ¡qué peregrino le verá destacarse con formas oscuras sobre la primera luz de la aurora, ó dibujarse indecisamente á la hora solemne del crepúsculo de la tarde, que oculta su última luz en el horizonte, sin descubrir la cabeza y doblar la rodilla ante la Cruz bendita que tantos y tan solemnes recuerdos despierta en el espíritu, por mas que la fé parezca apagada en el alma de quien la contempla con profundo é involuntario recogimiento!

En la cima de una sierra casi inaccesible, sobre un agudo pico, se divisan desde el valle dos leños cruzados que alumbran la luna con su claridad blanquecina, ó que perdidos en medio de la bruma ocultan casi los brazos de la cruz que forman, en una nube negra, de modo que no parece sino que la mitad pertenece á la tierra y la otra mitad al cielo, cual si esa Cruz fuese la única escala que nos quedase para subir hasta la presencia de Dios, ¡dónde está el pecho sin fé, el corazón descreído que al contemplarla no late con mas violencia, dominado de repente por la idea de la bondad infinita, la justicia eterna, el poder inmenso y la majestad incomparable del Señor! ¡Dónde está el alma en que no se despiertan súbitamente sentimientos que no pueden explicarse con palabras; el corazón que no se sobrecoge de un terror religioso que hace estremecer al mortal ante la sombra magnífica de Jehová!

La Cruz!... Bajo su egida entramos en el mundo y dejamos la tierra; ella se presenta á nuestros ojos en todas las ocasiones solemnes de la vida, para autorizar nuestros momentos de ventura, para aliviar nuestros dolores, para prestar apoyo á nuestras palabras: el ángel de nuestra guarda nos la muestra á cada paso que damos en la vida, para que no olvidemos que hemos de dar algun día cuenta estrecha de nuestras acciones, de nuestros juramentos; y cada vez que la contemplamos, hace brotar en nosotros pensamientos sublimes, y saca nuestro espíritu de la esfera mezquina en que se agita, para elevarse á las regiones conocidas únicamente de Dios y de sus angélicas creaciones.

Solo quien no ha experimentado dichas ni desgracias, solo quien no ha gozado ni sufrido, puede contemplar indiferente la Cruz. Cuando la experiencia viene á demostrar que las mas dulces afecciones del mundo son con frecuencia una ficción; que la existencia del hombre pasa persiguiendo quimeras que no han de realizarse jamás;

cuando han huido del pecho todas las bellas creencias que harían agradable la vida, ¡qué seria de nosotros si la imagen del suplicio en que por redimirnos padeció el Criador la mas hor-

profecias de Isaias, no hay una página donde se busquen en vano consejos que seguir, consuelos inefables con que aliviar como con un bálsamo bienhechor las heridas del alma.

Los escritores de mas talento de todos los países, han pagado un tributo de admiracion al fondo y á la forma de los libros santos.

Pasan siglos y siglos, cambian los pueblos, mudan las épocas, varían las ideas, se mezclan las razas, todo se transforma, y *La Biblia* se lee siempre con encanto y no pierde jamás uno solo de sus atractivos.

¿A qué quedan reducidas las obras mas grandes que han producido el entendimiento humano, al lado de este libro imperecedero cuyas formas corresponden tan admirablemente al fondo?

Los cánticos de Moisés son infinitamente superiores á todo lo que escribió Homero; y este gran poeta no es casi nada si al lado de sus obras se coloca la severa majestad de Isaias, al pintar la magnificencia de Dios.

Entre los escritores sagrados y los profanos hay tanta diferencia, como la que existe entre la imaginacion que exagera y la convicción que entusiasma. Cuando Homero habla nos vemos arrastrados á aplaudir las imágenes de los dioses invocados por el sople del poeta; pero á la voz augusta de los profetas, todas las frentes se inclinan religiosamente, todas las rodillas se doblan ante ese Dios que se hace oír de lo alto del Sinai, cercado de todo su poder, sobre un suelo consagrado por todo género de persecuciones.

¡Qué dulce y melancólica poesía la de las lamentaciones de Jeremías al llorar las desgracias de Israel! ¡Qué de bellezas en Daniel cuando en medio del suntuoso festin viene á anunciar á Baltasar la suerte que le espera! ¡Qué terrible concision en sus palabras!

El lenguaje de la escritura es sencillo, grave y austero; pero las armonías de esas arpas inspiradas por el Señor, se hacen percibir de todos los oídos, se insinúan en todos los corazones!

Las mas celebradas liricas de Grecia y de toda la antigüedad son frias y casi desprovistas de encantos, cuando se escuchan los poetas sagrados y sus maravillosos escritos.

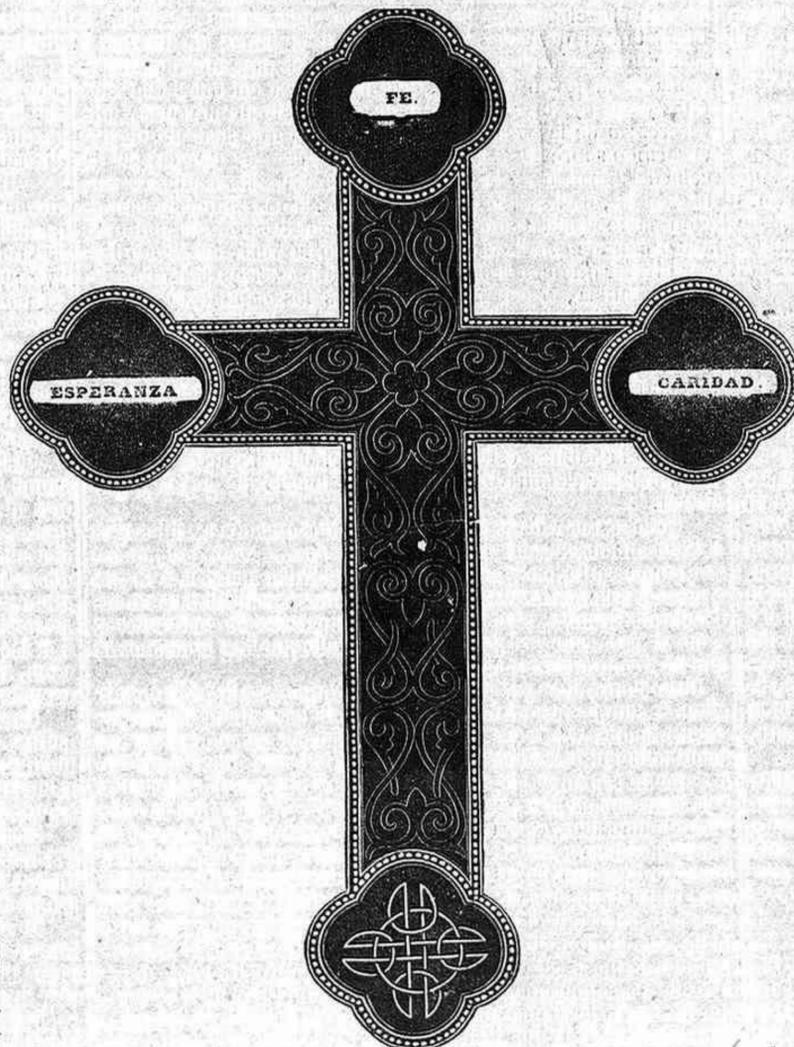
Desgraciado del que no tiene fé en la Cruz, del que no tiembla cuando el signo de redención viene á consagrar un suceso de su vida, y mas digno de lástima aun, el que olvidando su intervencion, se resigna al castigo horrible de los remordimientos, torcedor de la conciencia que antes ó despues habrá de desgarrar su alma. Desgraciado del que no conoce *La Biblia*, porque anda errante por el mundo, ignorando la fuente inagotable de ventura y de consuelo á que acudir en sus tribu-



presentaban asuntos profanos, para dar lugar á los que tienen por objeto presentarnos cuadros religiosos. Todos los que estampamos de este género se hallan destinados á la edicion que damos á luz de la *Santa Biblia*.

La Santa Biblia, el mas admirable de cuantos libros existen, poema magnífico, como el espíritu que inspiró sus diferentes cantos; majestuoso como el asunto que trata.

Dulce é interesante en el libro de Ruth, austero y profundo en el de Job, pomposo, magnífico y sublime en los cánticos, terrible y amenazador en las



rorosa de las muertes, no viniera á inspirarnos pensamientos consoladores!

En este número hemos economizado los grabados que re-

desgarrar su alma. Desgraciado del que no conoce *La Biblia*, porque anda errante por el mundo, ignorando la fuente inagotable de ventura y de consuelo á que acudir en sus tribu-

laciones, para hallar un alivio que en vano se busca fuera de los libros sagrados!

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE MARZO.

«Dichosos los pueblos (decía Montesquieu) cuya historia es fastidiosa.»—Si esta observacion es exacta, como nos inclinamos á creerlo, pocos podrán compararse en felicidad con la heroica y coronada villa, por lo menos durante el mes tercero del año de gracia 1852.—Y es que á las terribles peripecias y profundas sensaciones del anterior, ha sucedido en él la calma y tranquila posesion de una situacion normal; á los furiosos huracanes del invierno, las risueñas brisas y el perfumado ambiente de la primavera; á las fiestas reales y á las borrascosas orgías del carnaval, el piadoso recogimiento y la templanza de la santa cuaresma.

Esta apacible y grata trasformacion, si bien nos consuena y satisface á fuer de vecinos honrados, habitantes de la capital, y partícipes á prorata de sus buenas ó malas venturas, nos compromete y allige bajo el aspecto de cronistas mensuales de su vida, por la escasez, por la absoluta carencia de materiales para dar á nuestro obligado artículo el menor vislumbre de interés palpitante; del *aliquid latentem* que el curioso lector de LA ILUSTRACION paga anticipado á razon de sendos seis reales al mes.

Pero como no es cosa de responder á su fundada interpelacion con aquella sabida fórmula de los partes militares, «sin novedad,» probaremos pues á ingeniarlos en llenar el papel de palabras sin cosa, como los artículos de fondo de ciertos periódicos; de variaciones sin tema, como los discursos de ciertos oradores; de ruido sin armonía, como la mayor parte de lo que ahora ha dado en llamarse *música española*.—Y echando mano por de pronto de aquel socorrido resorte de la conversacion en sociedad, sacaremos á relucir el temporal, y nos entusiasmaremos aparentando la mayor sorpresa al ver brillar de nuevo nuestro esplendente sol, verdear nuestros ateridos campos, jugar y volear de rama en rama los incautos pajarillos, esparcir al viento sus colores y perfume lirios y violetas, crecer las apacibles tardes, y menguar las tristes veladas, hasta llegar al perfecto equinoccio (vispera de San José), ostentando en fin de nuevo la pródiga naturaleza sus encantos, su juventud y lozanía.

Todo esto, en verdad, es lo que en el lenguaje hiperbólico se llama *música celestial*, y en términos vulgares suele espresarse por el de *tocar el violón*; también pudiera creerse (Dios nos libre) que éramos poetas, y que nos habíamos levantado esta mañana en son de idilios y pastorelas; pero á todo responderemos lo que nos respondió un autor dramático, mas poeta que filósofo: «Mis dramas son libretos puestos en música; imágenes de madera revestidas de seda y oropel; pues precisamente por esto agradan y seducen al público: y si los críticos me preguntan ¿qué objeto me propuse en el argumento? les respondo que el de escribir sin él; y si me replican ¿qué es lo que ha pasado en el drama? les respondo que han pasado tres horas; y que nadie las ha echado de menos.»

Consecuencia, pues, de aquella poética entonacion de la atmósfera en el mes que llamó *germinal* la vieja república francesa, ha sido el reverdecer nuestro Prado matritense con las galanas flores del año anterior, y apuntando al mismo tiempo amplia y pródiga cosecha de nuevas beldades, única recoleccion,—es verdad,—que brindan á los hijos del oso y el madroño sus áridas campiñas, flores únicas que nacen espontáneas en su Prado concejil.—Pero de estas, es preciso convenir en que es rico de una fecundidad asombrosa, y que la muestra del año ofrece poner en olvido la memoria del anterior. Recomendamos á los *floricultores* inteligentes, que si quieren convencerse de ello, dediquen un par de horas, de cinco á siete de la tarde, á *herborizar* con los infatigables lentes nari-colgantes por todo el ámbito que se estiende desde el carro de la diosa de la tierra hasta el del dios de los mares, entre el pedestal del padre de la poesía y las prosaicas sillas del Prado.

Estas flores delicadas, que durante la cruda estacion germinaron envueltas en sus capullos, ó recogidas en las templadas estufas de salones y capullos, abandonan ya á impulso de la primavera sus invernáculos, y brillan y seducen con sus primores bajo un cielo esplendente y azulado. Abono de sus plantas productoras, á mas del saludable de nuestro ardiente sol meridional, suele ser también el gusto y los caprichos de la *Moda*; los elegantes trajes y tocados, las magníficas telas y joyería, que para auxilio de la madre naturaleza ofrecen en amplia coleccion los ricos talleres de Madamas *Perrard* y *Bernós*, los copiosos almacenes de la *Villa de París*, de *Bruguera* y de *Nicanor*. Todos estos y otros muchos templos de la diosa, aprestan y preparan sus productos para la grande esposicion de primavera, (que se celebra anualmente en esta capital del católico reino, desde el Jueves Santo á el jueves santísimo del Corpus, ambos inclusive); todos estudian y comentan el programa de la *Moda*, presidenta nata y directora de la esposicion; todos aspiran á las medallas materiales del premio, si bien renunciando en cambio, y á favor del mismo objeto premiado, el hisonjero galardón del entusiasmo y el encomio públicos.

Aquellas plantas, aquellas flores, así cultivadas, engalanadas y espuestas, darán como es natural sus frutos á debido tiempo, y las crónicas de los meses sucesivos nos proporcionarán sin duda la ocasion de ir consignando sus adelantos, sus triunfos, su ramificación y entronques con los árboles genealógicos mas primorosos, altivos y venerandos de nuestro plantel.

Ya en el presente mes que nos ocupa ha empezado este misterioso fenómeno creador, y ya en los primeros dias de la estacion primavera han inclinado sus tempranas corolas, han abierto su seno virginal en el altar de la fecundidad, varias de las mas primorosas flores del Prado Madrileño, segun consta bien y fielmente en los registros parroquiales y en las oficinas de la vicaría Eclesiástica; y si no lo han hecho todas las demás, no hay que achacarlo por cierto á falta de disposicion y deseos

de su parte, sino que hasta ahora no han sido comprendidas sus almas, no ha sido estudiada su forma material, sus gracias, sus dotes, y sus ricos tesoros de ternura.—Pero ellas trabajarán por conseguirlo, y siguiendo el sagrado precepto del *cre-scite et multiplicamini*, y estudiando las benéficas leyes y los sistemas económicos que tratan del fomento de la poblacion, barán que la de nuestra heroica villa reciba el año próximo el contingente de aumento que es la primera condicion de su mejora material.

Por desgracia lo necesita, si ha de cubrir con creces las numerosas pérdidas que han ocasionado en su vecindario los cierzos invernales, terrible é inevitable tributo que no ha perdonado en las últimas semanas ni á la encumbrada grandeza, ni á la brillante hermosura, ni á la poderosa fortuna, ni á la modesta é ignorada virtud; que con el mismo rigor ha descargado su fatal gadaña sobre los jóvenes marqués de Bélgida, y Pizarro, que sobre el octogenario y opulento marqués de Casa Gaviria; sobre el tierno cuello de dos brillantes jóvenes, hijos del acaudalado señor Matheu, que sobre la flor infantil de una hermosa criatura, esperanza y embeleso de una de las primeras familias de nuestra aristocracia.

Pero basta de necrología y de filosóficos *mementos*, aunque á decir verdad, esta crónica, escrita en el tiempo santo de cuaresma y consagrada exclusivamente á él, debería ocuparse mas que de otra cosa de esta clase de considerandos, y velar las páginas de su historia con el mismo fúnebre velo que cubre nuestros altares. Mas como por desgracia somos escritores profanos y estamos persuadidos de que el ascetismo no es tampoco el fuerte de los lectores de LA ILUSTRACION, nos creemos dispensados de tratar estas sublimes materias, y dejamos á plumas mas dignas y autorizadas el hablar de ellas debidamente. *Santa sanie tractetur*. Por eso no reseñamos la fisonomía especial que una parte de nuestra poblacion madrileña ofrece en el tiempo cuaresmal; renunciados, aunque con sentimiento, á bosquejar el cuadro consolador que nuestros templos religiosos, henchidos de gente, radiantes de luz y de armonía, ofrecen á las almas piadosas en tal período; no tomamos en cuenta las magníficas funciones del culto, la elocuente y apasionada voz de los oradores sagrados, los penitentes ejercicios de una parte del pueblo, la religiosa ostentacion de otra; y como contraste repugnante y escandaloso, queremos también huir de las escenas indignas, de los abominables cuadros que la impiedad y la licencia suelen ofrecer en tales momentos, como para hacer alarde del descreído cinismo y feroz inclinacion. Los asesinatos, los suicidios, robos y violencias, las lúbricas bacanales, los insultos y desafíos, los crímenes en fin de toda especie, prosritos en todo tiempo y en todos los pueblos por la religion y por las leyes, son aun mas dignos de reprobacion en el tiempo en que nuestra santa madre la Iglesia celebra sus mas sublimes misterios, y repugnan también á nuestra pluma, mas que inclinada á combatir el crimen, á pintar y castigar festivamente el ridiculo y las debilidades sociales.

Amplia materia, sin embargo, prestaría á nuestra risueña imaginacion y modesta pluma, la manra convencional y la conciencia acomodaticia con que mucha parte de nuestra sociedad halla medio ingenioso de cumplir, á su entender, con los preceptos de la Iglesia en este tiempo de penitencia, sin por eso moderar sus inclinaciones, refrenar sus apetitos ni mortificar su vida sensual.—Propondríamos, por ejemplo, el tipo del honrado ciudadano y piadoso creyente, que para observar rigurosamente el ayuno, incorpora á su inveterado chocolate matutino un par de chuletas de ternera, ó una tortilla de jamon, en cambio de la taza de sopas ó del bizcocho borracho que durante el resto del año es su indispensable tentante de entre mañana; ó que trueca los viernes la infalible olla enciclopédica, por tres ó cuatro pescados regalados y otras tantas delicadas y dulces combinaciones de huevos y lactinios.—Sonreiríamos tal vez de la ingeniosa estratagemma de la joven doncella, que multiplica en tales dias sus citas y entrevistas amorosas bajo el pretexto de novenas y misereres; ó de la vieja y entonada señora que acabado de oír el sermón sobre los excesos del lujo, corre las tiendas de la calle del Carmen á trocar en trajes y atavíos las rentas de sus haciendas, ó el sueldo de su esposo. Ya llamaría nuestra atencion la modesta compostura y el contrito recogimiento de aquel cofrade que lleva el estandarte ó la vela, creyendo hacer olvidar que con la misma mano mide escasas las varas de su mercadería, ó cobra centuplicados los capitales con que trafica: ó bien el fingido entusiasmo y la estudiada pasion del orador sagrado que ante un auditorio ilustre busca con su elocuencia mover el corazon del magnate, mas que en favor de su doctrina, en el sentido de su proteccion; la numerosa concurrencia, en fin, que hinche el espacioso templo llamada por los ecos de una brillante orquesta ó por la fama de un nuevo tenor; ó la publica ostentacion de caridad del que se presenta á implorar el ochavo del pobre, cubierto de joyas y pedería.

Todos estos y otros mil contrasentidos que ofrece á los ojos del filósofo observador lo que llamamos *buen sociedad*, en este tiempo santo, podrían, ¿quien lo duda? dar materia á largos y risueños comentarios; pero entonces no escribiríamos un artículo de Crónica, sino trazaríamos un cuadro de costumbres; y no es para esto y sí para aquello para lo que hoy tomamos la pluma y renunciarnos al pincel.

Pero contraidos por aquella misma imperiosa ley á la condicion de simples cronistas, y habiendo de prescindir absolutamente de observaciones generales, y fijarnos solo en narrar los acontecimientos del mes, ¿que podremos decir á nuestros lectores que no sepan ya por el calendario, es decir, que la primavera y la cuaresma le han ocupado por entero?—Y si segun la opinion de un sabio, «para hacer un conejo guisado lo primero es tener el conejo,» ¿sobre qué materia habremos de confeccionar nuestro discurso, faltos absolutamente de objeto?—Pues entonces, buen remedio, se nos dirá: no escribir el artículo.—Es verdad, pero hay el pequeño inconveniente de que bueno ó malo, insulso ó insipido, ya esta escrito.—Pero ¿cuál es su argumento? (nos preguntará justamente algun crítico); y nosotros le responderemos lo que el poeta dramático antes citado, que tampoco le hemos hallado.—¿Qué es lo que ha pasado, pues, en el período que describisteis?—A esto ya podremos responder con la arrogancia del que no teme ser contradicho.—«Ha pasado un mes.»

EL CRONISTA.

ESPOSICION DE LONDRES.

En nuestro anterior artículo hemos sentado el principio de que la *especialidad es hija de la apropiacion*. Esta contendría á los industriales y les obligaría al respeto mutuo de los límites, de modo que haciéndose mas difíciles traspasarlos, la libre circulacion se vería naturalmente reprimida. El orden se establecería sobre el terreno industrial como sobre el territorio agrícola, y cada cual conservaría su puesto mas ó menos extendido, que solo podría ensanchar dentro de los límites de su capacidad, de sus medios activos y de su honradez, pero nunca con arreglo á su voracidad y glotonería.

Hé aquí un ejemplo, escogido por casualidad en la sala de máquinas de movimiento del Palacio de Cristal, el cual nos hará comprender bien lo que hemos espuesto.

Un mecánico muy comun, pero que hubiera podido emprender, como otros, la construccion de toda especie de máquinas, se ha limitado á la *especialidad* de instrumentos de triturar, amasar y pulverizar todas las sustancias imaginables: ha inventado, perfeccionado ó adquirido todos los aparatos y útiles concernientes á su arte, y se ha puesto á cortar, ahondar y pulir el granito, el porfiro, el cuarzo, la ágata y las piedras mas rebeldes al acero templado y al cianuro de potasio. Ha reunido trabajadores especiales para esta faena especial, y ha acabado por adquirir primero una clientela europea, que al presente es universal, merced al éxito prodigioso que ha obtenido en la Exposicion por sus innumerables máquinas, desde el gran molino de chocolate hasta el mortero homeopático. Ya no falta mas que el pulverizador de esponjas del doctor Mure.

¿Quién no comprende que semejante industria descansa en fundamentos imperecederos, y que está llamada á constituir una fortuna hereditaria para la familia del autor, cuyo nombre, repetido por todo el globo, durará tan largo tiempo bajo la fórmula *Hermann, fabricante de chocolate*, como el de *Napoleon, fabricante de coronas*? Solo nos resta darle un consejo técnico: que vuelva el cono de sus piedras de molienda al revés, si no quiere conservarlas sencillamente cilíndricas, para que solo puedan avanzar deslizándose, ó deslizarse avanzando: el trabajo adelantará mucho mas de este modo.

Una de las ventajas de la especialidad consiste en poder resistir á las crisis políticas ó comerciales locales; porque si los pedidos se detienen en un país, continúan llegando de todos los demás. Pero cuando todos se empeñan en hacerlo todo, no hacen mas que un poco, y este poco sale mal: ninguno adquiere una superioridad bien marcada ni una clientela definitiva, porque no puede darse la publicidad necesaria á un número infinito de artículos, que solo se fabrican, por decirlo así, accidentalmente, y de los cuales se ocupan muchos artistas á un mismo tiempo. Esto se llama completa anarquía industrial y comercial. Bien venido sea pues el reinado de la especialidad, para sacarnos de tan intrincado laberinto.

Pero la especialidad solo puede proceder de una buena ley sobre privilegios y marcas.

¿No sería una estravagancia pretender, por ejemplo, que Erard solo fabricase pianos de cola, tan solo porque son los mejores que salen de sus manos, y que se hiciese á Pleyel la misma exigencia respecto á los cuadrilongos? Esto no se entendería con Pape, cuyos pianos multiformes revelan de día en día nuevos descubrimientos: sería preciso otorgarle un privilegio por cada invencion, y ya los posee á manos llenas. Este hombre es en su género otro Cayé: hé aquí dos observadores, que enriquecen sus trabajos, casi sin imaginarlos, y que no detienen un minuto su atencion en un objeto, sin encontrar el secreto de mejorarlo, porque siempre tienen los instrumentos en la mano y la mano en los instrumentos.

Bastaría media docena de hombres semejantes para enriquecer á una nacion, si sus descubrimientos no fuesen presa de los especuladores atrevidos, que merodean alrededor de los hombres de mérito y les impiden hollar el suelo de la California industrial.

Mientras esto no desaparezca, se disputará á los verdaderos inventores la propiedad de sus obras, y no obtendrán ni la especialidad de la industria, ni la responsabilidad individual, ni la creacion de nuevos propietarios y nuevos contribuyentes, porque estas serian otras tantas invenciones, y todas las invenciones originan revoluciones industriales y no son mas que *ilusiones*, como aseguran los hombres de cerebros vacíos. Sea así; pero como la humana existencia se compone en gran parte de *ilusiones*, y que los hombres han establecido una contribucion sobre la vida, no hay razon para que las *ilusiones* mencionadas dejen de pagarla. Este argumento merece llamar la atencion de los que piensan.

Establézanse pues reglamentos para las *ilusiones*, así como los hay para la pólvora y el tabaco; véndanse *ilusiones* al mundo entero; levántese el diezmo sobre todas las riquezas imaginarias de esos locos del Pireo, que no tienen derecho para usarlas *gratis* y solo desean pagar para gozar del *derecho comun*; concédanseles mayorazgos en las vastas regiones de la imaginacion, que carecen de valor para nosotros, permitidas que vistan trajes de azulado cielo y que conquisten las ciudades santas en el brillante desierto de la alucinacion. Hecho esto, ellos llenarán nuestras arcas de sonantes escudos, pagando caras nuestras invenciones.

Conocemos á muchos descubridores del movimiento perpetuo, que en un dia de revolucion se colocarian indudablemente entre los defensores de la propiedad y del orden, porque estarían persuadidos de que iban á ser millonarios al año siguiente.

Seamos pues bastante razonables para preferir el dinero á las maldiciones de los inventores; abramos la gran caja del impuesto sobre las *ilusiones*, y de este modo aseguraremos la propiedad personal de los descubrimientos.

De lo contrario, ¿que nombre merece el que roba á un inventor la máquina que ha construido? Pues el mismo debe darse al que, en vista de la máquina, roba la idea y construye otra igual.

Este es el verdadero comunismo contra la propiedad intelectual, comunismo insufrible, supuesto que no encuentra acogida en las leyes de ningún país civilizado, cuando se trata de la propiedad material.

Lo mismo debe ser tratado el autor de un libro, de una

partitura ó de un cuadro, que el de una máquina, de un instrumento ó cualquiera otra obra de imaginación. No puede concederse al uno el bien que ha comprado con el producto de sus economías, y negar al otro la propiedad del aparato que ha inventado, ó que legítimamente á adquirido.

Esta injusticia no es una escepcion; es una avería universal, que disminuye el valor de las producciones; una mancha de aceite que hace perder todo su mérito á la tela que envuelve la civilización del mundo; es por último la gran causa del malestar, de la miseria y de la confusión que reinan en la situación industrial de todas las naciones del globo.

Concluiremos el exámen de este asunto con un resumen de cuanto hemos espuesto.

La justicia exige que todos ocupen en el mundo social el puesto que naturalmente conquisten por su mérito, por su verdadero valor específico. Es preciso que el aceite sobrenade en el agua y el talento en el aceite; que las esencias y los aromas ocupen la parte superior del vaso y las heces el fondo. Si se confunden los primeros con los últimos, solo tendremos un compuesto turbio y agitado, en vez de un todo claro, limpio y tranquilo.

Los hombres no pueden violar impunemente las leyes eternas: lo mismo acontece en el mundo moral que en el físico, porque uno de ellos es el reflejo del otro, y á nadie le es dado oponerse á los inmutables decretos del Eterno.

REVISTA DE TEATROS.

El decreto vigente sobre teatros, mutilado en algunos artículos, rige todavía con respecto á la fecha en que debe terminar el año cómico. Sin embargo, rige también la antigua costumbre de concluir los contratos en la cuaresma, y esta costumbre trae á Madrid á una porción de actores, que vienen á la desbandada de las provincias, buscando nuevos ajustes: así es que hoy existen dos mercados: uno en estos días en que la religión nos separa de ciertos goces mundanales, y otro en fin de junio, según dejó establecido la última reforma teatral. Los principales coliseos de la corte son los que se atienden por lo regular á este plazo; de todos modos, en una y otra fecha hay gente dispuesta á aspirar á los beneficios de una contrata, y formada en numerosos círculos en la plaza de Santa Ana, cuentan sus triunfos y sus silbas, sus ganancias y sus pérdidas; aunque, como es de suponer, las silbas escasean siempre en tales narraciones. En esta plaza se sabe fijamente el número de *galanes* y *barbas* que están desocupados, escaseando mucho los *graciosos*; no porque según ellos escasee la *gracia*, sino porque de cierto tiempo á esta parte han dado en llamarse *primeros actores en el género cómico*: de manera, que para buscar á la gente *graciosa*, hay que preguntar por los del *género cómico*.

En la Bolsa teatral de la plaza de Santa Ana, se han hecho últimamente algunas operaciones de poca importancia, porque el papel anda muy bajo: a pesar de todo, se han organizado varias *troupes*, como dirían los franceses, y ya han marchado algunas para su destino, llenas de temor y de desconfianza, esperando regresar de nuevo á la corte, por efecto de *quebras* ó cosa parecida.

Dejemos á estas compañías que vayan á ganarse la vida como Dios les dé á entender, y demos cuenta á nuestros lectores de las últimas funciones con que cada uno de los coliseos se ha despedido del público antes del viernes de Dolores.

PRINCIPE. *Amar despues de la muerte*, comedia refundida, que no merecia este trabajo, y que en el caso de hacerse, necesitaba mucho detenimiento. Fue contada á Barbara Lamadrid y á Calvo, y ni uno ni otro supieron decir las bellísimas endechas del acto segundo, que es lo mejor que tiene la comedia. El éxito fué poco lisonjero.

Ojos y oídos engañan es una imitación de las comedias de nuestro teatro antiguo. Un galán separado por algun tiempo de su dama, y que al ver renacer sus rejas por otro galán se cree burlado y encomienda á la espada su desagravio, ignorando que el rondador á quien tiene por rival, ama á otra dama que habita bajo el mismo techo. Un criado socarrón que reniega del bello sexo y que procura disuadir á su amo de sus proyectos de matrimonio agotando todos los refranes. Hay en esta comedia mucho de *flores y auras* y *amores y arroyuelos*: muchos versos que suenan bien y nada mas. La ejecución, bastante buena por parte de las señoras Yañez y Cuanno, sin que podamos decir lo mismo con respecto á Calvo, á quien tenemos el mayor gusto en celebrar cuando desempeña papeles de su cuerda, pero no cuando hace de galán, y galán enamorado.

Un cabello, pieza imitada del francés, según dice su autor, en la cual hay algunas escenas bastante cómicas, que entretienen, y que están sostenidas por Mariano Fernandez.

Con una función á beneficio del hospital de Dementes se ha despedido la empresa, y á pesar de estar enferma Matilde Díez, tomó en ella parte, siendo como siempre aplaudida. Esta filantrópica despedida del señor Rómea es muy digna de elogio.

DRAMA. *La Baltasara*, drama de tres ingenios muy desiguales, y esta desigualdad se reflejó naturalmente en la obra. Un acto primero insostenible: un acto segundo menos insostenible, y el tercero sostenido por una versificación robusta y llena de brillantes rasgos de sentimiento y de ternura. Este acto era del señor García Gutierrez. La ejecución fué buena.

Las espinas de una flor, drama del señor Camprdon, que alcanzó un éxito favorable, debido mas que al plan de la obra, á los bellísimos trozos de versificación que tanto abundan. Mucho ayudaron al autor Teodora Lamadrid, y Osorio: la primera arrancó repetidos aplausos; el segundo desempeñó muy bien su parte. Sin estos dos artistas, hubiéramos temido por el éxito de esta producción: el público, para hacer justicia al señor Camprdon, tuvo que olvidarse de lo mal representados que fueron los demás papeles, encomendados á la señora Rodríguez, y á los señores Arjona, D. Joaquín, y Arjona, D. Enrique. La señora Rodríguez es una actriz que empieza ahora su carrera, y no pueden confiársela papeles de tanta importancia: en vez de una joven sencilla y tierna, nos representó una mujer coquetuela y empalagosa: en las escenas de sentimiento estuvo insostenible, y destruyó el buen efecto que debieron producir algunas situaciones.

En cuanto al señor Arjona, D. Joaquín, sentimos vernos hoy precisados á ser con él muy severos. En lugar de un ga-

lan de sentimiento, nos reprodujo en muchas escenas el viejo de *El si de las niñas*: así es que formaba un contraste muy desagradable en una de las principales escenas, viéndole al lado de Teodora Lamadrid, tan tierna, tan dulce y tan apasionada, y el público no podía formarse la ilusión de que aquella muger muriera de amor por semejante hombre. Baste decir que llegó hasta la caricatura, y que en algunas escenas produjo risa. Nosotros que reconocemos su talento y que hemos tenido la mayor satisfacción en tributarle nuestros elogios en ciertos papeles que están al alcance de sus facultades, nos vemos hoy en la dura necesidad de aconsejarle que renuncie á ciertos galanes, y que tenga muy presente el juicio que de él ha formado un distinguido autor dramático.

«Arjona, dice el escritor á que aludimos, podrá representar siempre bien un papel de D. Canuto, de D. Próspero ó de D. Simon; pero nunca un D. Carlos, un D. Luis ó un D. Félix.»

CIRCO. Un *fiasco* inesperado hizo la zarzuela del señor Breton, titulada *Un novio pasado por agua*; pero ya están en estudio y próximas á representarse otras dos nuevas, también originales, de los señores García Gutierrez y Rubí.

CAUZ. Decía estos días con razon un periódico, que la compañía de este coliseo no repara en barras, y que tan pronto pone en escena una comedia del teatro antiguo como una pieza andaluza, un drama ó una comedia de costumbres; y para mayor amenidad, y sobre todo para que el público no tenga que molestarse en ir á buscar música á otra parte, también allí se le da música, y música cantada por Dardalla y Guerrero. Es verdad que la Juanita Samaniego y Alverá cantan regularmente; pero esto no basta para poner en escena una *ópera cómica*, y nada menos que una *ópera cómica*, pues en esta parte la empresa no se ha andado con modestias, y ha dejado que allá los del Circo las llamen *zarzuelas*.

Donde menos se piensa salta la liebre, es el título de la ópera cómica, cuyo libretto tiene algunos chistes, y cuya música es ligera y agradable.

Este coliseo tiene cierto olorillo á teatro de provincia; pero á juicio de los inteligentes, este es su mas bello atractivo, porque de este modo pueden darse funciones á *dos reales* la entrada, con grandes carteles que dicen á *beneficio del público*; y cuando no bastan los atractivos de una capital de provincia, se recurre á los atractivos de aldea, colocando sobre el cartel alguna estampa con una de las principales escenas del drama que se representa, escogiendo para mayor ilusión aquellas en que asomen la cabeza unos cuantos majos haciendo fuego con sus trabucos; pero una vez que así logran llamar gente y dar de comer á unas cuantas familias, dejémoslos en paz: tengamos paciencia y suframos, que puesto que vamos á entrar en semana santa, justo es recordar que mas padeció Cristo por nosotros.

F. MONTEMAR.

Colbert, el gran ministro á quien debió la Francia el fomento de su marina, manifestó su exactitud austera y su inteligencia activa, cuando no era mas que jefe de seccion. Se cuenta de él, que necesitando escribientes y no teniendo tiempo que perder en examinar sus muestras, se contentó en preguntar á cada aspirante si era hábil en el arte de raspar las equivocaciones. Los que contestaban afirmativamente eran despedidos, y admirándose de ello un amigo suyo, dijo el futuro ministro de Luis XIV:

Debemos desconfiar de los que se acostumbran á reparar sus faltas, porque siempre están dispuestos á cometerlas. Tengo miedo á los copistas que se sirven bien del cortaplumas para rascar.

¡Cuantos hay que pudieran aprovechar esta lección de Colbert!

Vosotros, embriagados con los vicios de vuestra juventud y persuadidos de que tenéis tiempo para enmendaros;

Vosotros, disipadores, que devoráis en un día las rentas de un año, proponiéndoos economizar las del siguiente;

Vosotros, locos, que malgastáis vuestra juventud en el ocio y los placeres, con el objeto de trabajar en la edad madura... Todos sois malos escribientes, porque la idea de que podeis rascar bien vuestras mentiras, os hace descuidar vuestra obligacion.

LA LUNA DE MIEL.

Todos los artículos tienen y deben de tener exordio sin duda alguna, porque todas las cosas tienen introducción; pero este no, porque á tenerlo!... El exordio de la luna de miel es la noche de bodas, y acaso ningún lector nos perdonaría que le recordásemos, ó lo que le hace falta, ó lo que le atormentó de sobra.

Empezando por la de nuestro Señor Jesucristo, que fué, como ahora se dice, el que se adelantó á su época en este punto, todas las pasiones acaban en cruz. Y del amor no se diga, porque esta probado que no hay pasión que tanto pase de castaño oscuro. Si fuéramos pesimistas, como á algunos les antoja suponer, diríamos acto continuo que el amor es siempre una calle de la amargura, que viene á rematar en el calvario; pero como no lo somos, y nuestro objeto además va enderezado á un punto, que ni es calvario, ni calle de la amargura, ni cruz, sino que se queda en las tres horas (ó en los tres meses) de agonía, pasaremos adelante en este camino tan ocasionado á caídas, como lleno de espinas. ¡Ni tenemos Cirineo siquiera!

De todas las desdichas de este mundo, que no son pocas, paranosotros la mayor consiste en ese misterioso enlace que tienen lo sublime y lo ridículo, en esa hermandad de Cain y Abel, rémora y acibar de los goces terrestres, para el que nace con el triste don de ver las cosas bajo sus dos aspectos. *La luna de miel*, verbi gracia, que hoy mueve nuestra pena, y que tanta ocasion ha dado á delirios y alabanzas en verso y prosa, se nos pone en el magín que mirada á cierta luz, es de lo mas feo y de lo mas ridículo que pueda verse.

Habiendo comenzado por decir que no tendria introducción este artículo, no debe de recelar el lector que nos metamos en honduras metafísicas. Desde que escribimos para el público, tenemos invencible horror á profundizar en materias arduas, y desde que sabemos lo que guardan las mugeres en lo profundo de sus profundidades, ha crecido, si puede crecer, esta manía.

Haremos sin embargo una salvedad. Todos los lectores de periódicos, incluso los del *Católico* y *La Esperanza*, son inmorales, si no en práctica, en teoría. De los de periódicos literarios no hay que decir. Pues bien: al leer el título de este escrito, todos con una sonrisita que nada tiene de moral, se han formado en su interior un cuadro de costumbres *lunáticas* y *melifluas*, mas exagerado y negro quizás, que la realidad. Llega la reacción hipócrita, se avergüenzan de haber sido hombres, y descargan sus iras en nosotros, pobres copiantes de la naturaleza. Si en nuestras palabras ó en nuestras imágenes hay, como no puede menos de haber, algo de lo que llaman *verde*, algo de lo que descubre el verdadero fondo de las debilidades humanas, ¡Dios nos la depare buena!

Pero estamos resueltos á arrancarles la máscara. Nos ha sucedido mas de una vez, que algun amigo inmoral, interpretó á su manera párrafos escritos con una candidez, nada comun en nosotros, francamente. Los escritores no deben de sufrir esta ridícula traba. Hartas disculpas tiene para sus vicios el mundo, que se le haya de conceder esta. Dícese por todo bicho viviente á voz en grito, que la literatura es corruptora, y luego sostiene todo bicho viviente, que la literatura es solo el reflejo de la sociedad; ¿A quién la falta entonces? Si copiamos, ¿por qué hemos de embellecer los originales? Y aun esa misma fealdad deforme, no puede tener la única belleza de que es susceptible, la de la verdad, si se nos arroja al campo de la observacion atados de manos, y describiendo con el espíritu solamente.

Sépanlo pues nuestros lectores terminantemente: *La luna de miel* no es un artículo edificante, ni siquiera inodoro ó incoloro. Cuanto pueda faltarle le faltará menos olor, color y sabor. En esto no se nos tache de exagerados. Meta el lector las narices en las lunas de miel del mundo, y olor, color y sabor, y muchísimas cosas mas le han de poner mareado. Antes que se nos pida, damos cuanto se nos puede pedir: la limpieza de la forma, lo *seco*, puesto que al fondo se llama verde.

Ahora, con el beneplácito de sus inmorales señorías, volveremos á nuestro asunto.

En primer lugar, *la luna de miel* no tiene etimología reconocida, que sepamos, en nuestro idioma. Se la ha de mirar por consiguiente con instintiva repugnancia, como á un hospiciano, como á una especie de Antony fraseológico. Si se le llama luna, porque solo alumbraba de noche, nuestro amor es semejante al de los gatos, y debiera de nacer y de morir en enero. Lo demás envolveria contradicción. Como no somos prácticos en la materia, ignoramos si la luna de miel alumbraba tambien de dia; pero fuera triste cosa el casarse uno para estar como los niños del limbo, lo menos doce horas de veinticuatro.

En segundo lugar, sentado que la introducción ó exordio matrimonial se llame *luna*, nosotros preguntariamos á los casados: ¿qué ventajas logran con *la miel*? Si es de la Alcarria y de buen sabor, los acosarán las moscas, y por Cristo, que en vez de chuparse los dedos, ni tiempo les quedará para gritarles: —¡os!—¡os!—con que se ahuyenten. Esto, sin contar que la abeja clava el aguijon cuando chupa, y que no faltan zánganos que chupen á su vez el jugo de las abejas.

En tercer lugar, pues por lugares vamos, ¿cuál es el del cielo en que esta clavada esa luna *sui generis*, que se ve y no se ve, y que para alumbrarse con ella buscan los elegidos lo mas oscuro y retirado? Punto es este que por lo misterioso nos trae pensativos.—¡Qué luna de miel gozó fulano!—y el tal fulano, ni sol ni luna ni estrellas pudo gozar en nuestro sentir; porque hecho un bobalicon de á folio, se estuvo en su casita tres meses largos sin dar ni tomar cosa alguna de nadie sino de su esposa, y salió á luz solamente cuando ni sol ni luna ni cielo podia importarle ya un camino, según estaba de espiritudo y sutil.

Pero dejando estas fruslerias un tanto retóricas, pues solo alcanzan á descomponer la figura, pasemos á considerar *la luna de miel* bajo otro aspecto.

Desde que el hombre se enamora deja de ser hombre, y se convierte en perro faldero. Desde que se casa, ya no es mas que el collar del perro, y aun llegan á faltarle hasta los cascabeles. Pero en los primeros días, sobre todo, es cuando se pone la cosa mas seria. Principia por retratarse en un tamaño como de ochavo, para que su muger lo lleve en el pecho, á guisa de alfiler. ¡Clavado el pobre! ¡y en el pecho! Esta es otra cruz de las que abraza de mejor gana, y en la que muere mas pronto. Tras el retrato, la consabida pensión de coserse á la falda mugeril, llega corriendo. En las visitas es indispensable que él se encuentre, para que pueda su cónyuge decir á cada paso:—Esto es cosa de mi fulano.—Aquello es cosa de mi fulano.—Lo de mas allá es cosa de mi fulano.—Todo fulano tiene buenas cosas en *la luna de miel*. ¿Y cómo renunciaria una hija de Eva á decir cuatro ternuras á *sotto voce* á su marido delante de gente? Ellas se desviven por demostrar que saben sentir, lo único de que no saben jota. Cuéntase de unos principes franceses de la sangre real, que allá en el pasado siglo se casaron, una escandalosa historia, que viene á este artículo pintiparada. En los primeros días de su matrimonio, tan endemoniados los puso la miel de marras, que ni respetaban sol ni luna, ni por todo lo del mundo dejaban de chuparse los dedos, llegando á chupárselos delante de las visitas, que era cosa de morirse las mugeres de envidia, y los hombres de una cosa muy semejante; y dió la corte en mirarlos con tan malos ojos, que no se vieron molestados de importunos mientras les alumbró la luna de miel. Esto ya en temperamentos, y por acá no los calzamos así, de siete suelas. Si hubiera en España casados tan golosos que se soplaran la miel para el cuerpo delante de las gentes, no les arrendariamos nosotros la ganancia. ¡Somos tan zánganos!

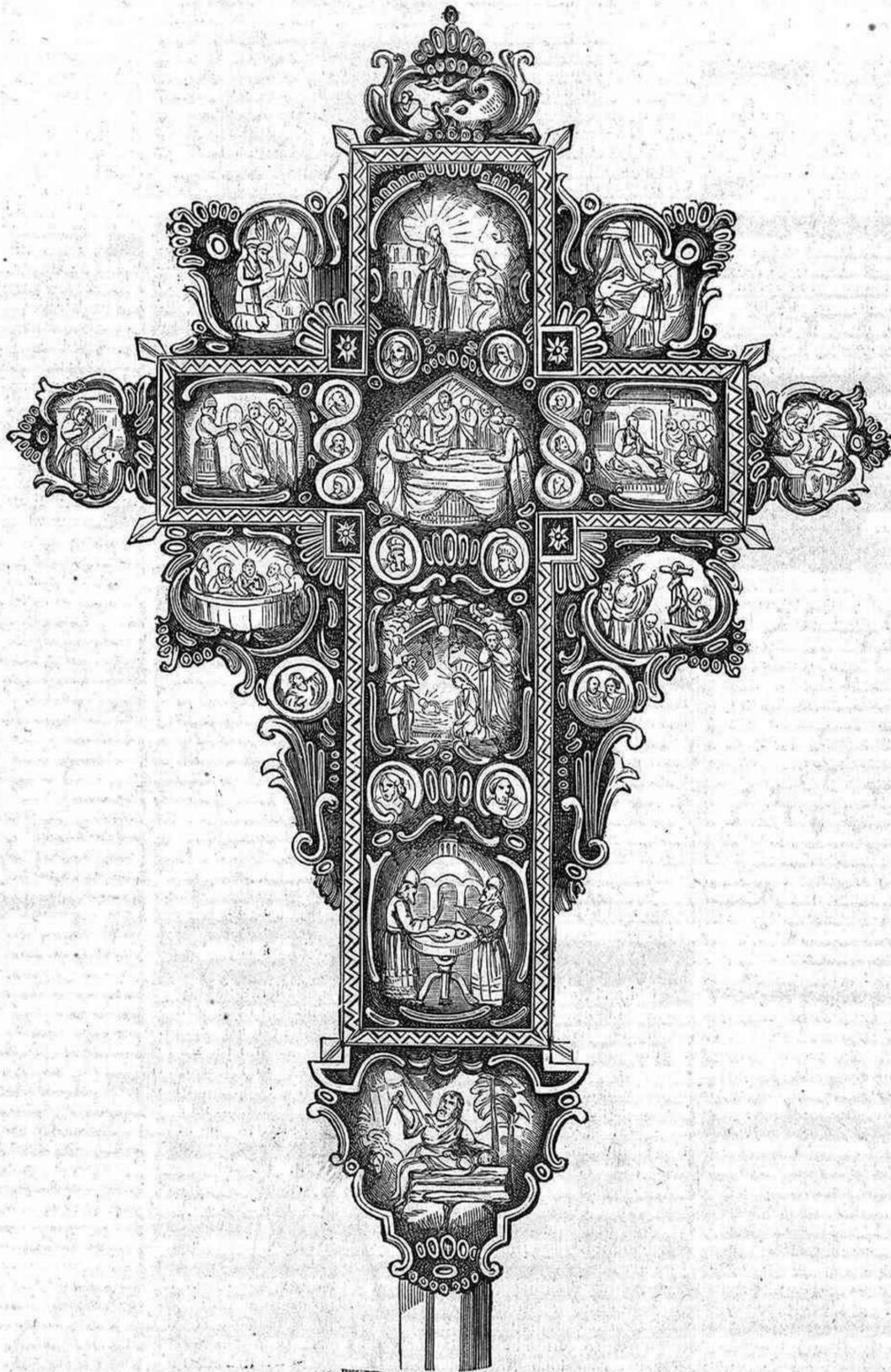
Pues si el lector soltero se imagina que con llevar de alfiler á su marido se contentan las mugeres en la luna dichosa, ¡buen chasco le aguarda cuando se case! La muger es un editor de estos á la francesa, que á poder de prospectos y de publicidad logran acreditar su casa. Lo único en que piensa es en que llegue á noticia de todo el mundo que se ha casado. Todas sus acciones son heraldos que gritan:—oid, oid: yo pesqué ya. Su primera visita ¿cómo no la consagrará á la litografía? Las tarjetas deben de reformarse. En vez de *fulana* á secas, *fulana de fulano*. Las de participacion no se ponen en olvido. Este es, como si dijéramos, el prospecto que se ha de insertar en *El Herald*, en *La España*, en *El Clamor Público*, en *La Nacion* y en *Las Novedades*.

Y el pobre marido, pacientísimo cordero, redime sus debilidades á puro pasear y á puro ponerse en ridículo. Tanta boca se le abre de gozo cada vez que su muger le llama *mío* delante de gente, como si fuera gato. Aunque sea traductor de novelas, todo lo que ella dice lo traduce bien.—¿Hace alarde de salir acompañada de él?—es porque lo tiene á orgullo.—¿Le quiere ver siempre en casa?—es por amor.—¿Le presenta á todas sus amigas, como si fuera un mueble raro de la Esposicion de Londres?—debilidad encantadora de muger.—*Et sic de ceteris.*

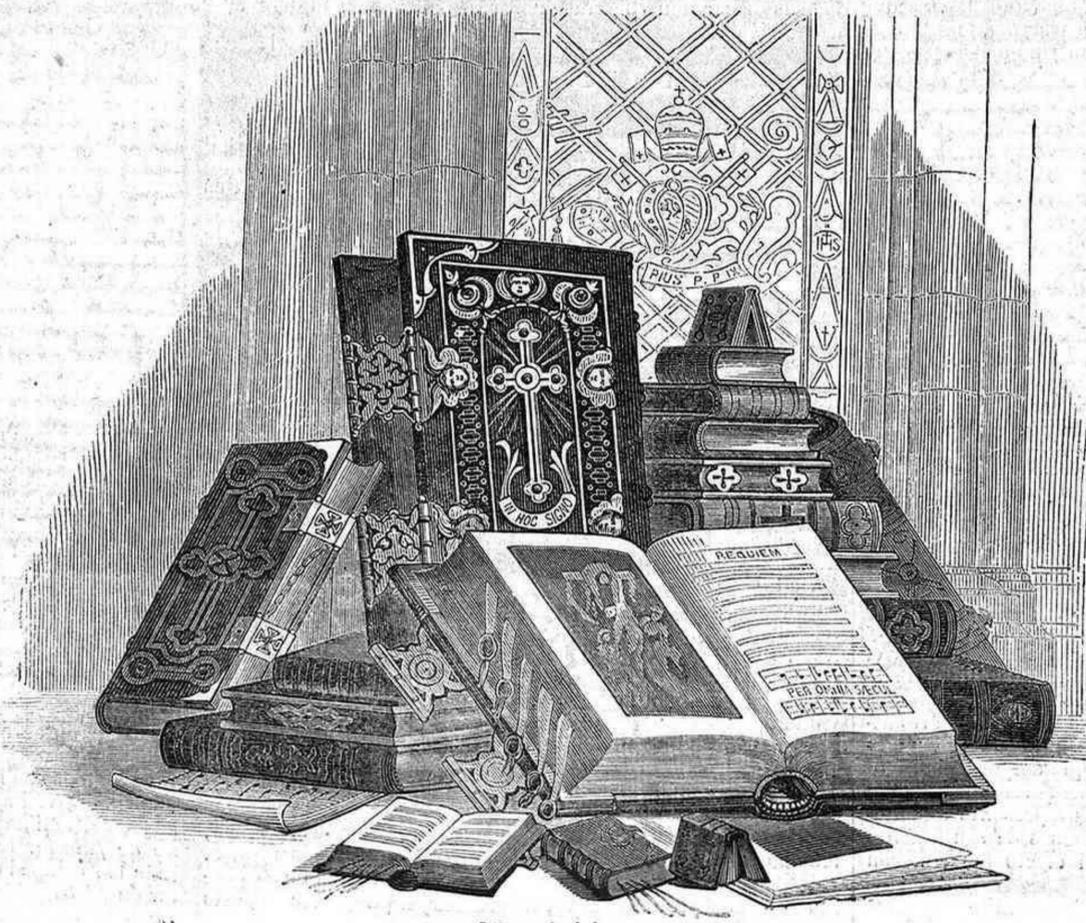
¿A que no acierta el lector cuál es el prurito mas ridículo de las mugeres recién casadas? Pues es ni mas ni menos una cosa futilísima, como ellas; pero que la están soñando desde su infancia. Y por eso ha llegado á hacerse de rigor que conste entre los regalos del marido, un vestido de terciopelo y una mantilla de encaje, que algunas se soplan encima en la tornaboda, solamente para mirarse al espejo y hacer cuatro garatusas como cuando jugaban á las muñecas. Y el primer día que salen á la calle van como el galápago en su concha, abrumadas de dijes, que no pueden dar un paso naturalmente, ni mover la cabeza á un lado y otro, ni rascarse donde les pica. Su pechera y su cuello son una platería: allí joyas de todas clases almacenadas *sans facon* de modo que se vean. Su cuerpo... de su cuerpo nada se hable, que ya es sabido cómo lo tiene una muger recién casada.

Estos pecadillos, mortales ó veniales, que no osaremos á calificarlos en absoluto, suben ó bajan de color, aunque siempre tirando á negro, según la clase social del matrimonio. Si de la media, ya se sabe: el color ridículo es de tizne de sartén. Todas las mañanas el primer cuidado del pobre marido es alquilar una carretela de la Comodidad, porque su incómoda costilla tiene por cosa de mal tono el hacer visitas pèdibus andando. El via crucis principia en las tiendas. Esto, que tanto repugna al soltero, tiene para el recién casado mil atractivos. Nada elige su muger, sin consultarle.—¿Te gusta esto, fulano *mío*?—(Para que el hortera sepa también que aquel fulano es suyo.)—No le gusta á mi fulano.—Mi fulano tiene un gusto tan escelente... (para alabar los gustos de su fulano.)—Ella paga lo que compra, porque ya se ha apoderado del dinero comun, y porque para eso va á las tiendas espresamente.

Desde allí al paseo de Atocha. Ni por todo el oro del mundo renunciaría á pasar por la Puerta del Sol, donde sabe que encontrará conocidos que la vean. Pegada á la ventanilla del coche, como llevan sus perritos de lanas las señoras de alto colurno, se deshace en gestos y en ademanes amistosos. Ya saca la mano con el guante nuevecito y la pulsera de Samper flamante, ya toda la cabeza con el gorro que aun huele á Mad. Camila, ya el codo solamente con el manguito de encaje y la boca—marga del vestido de terciopelo. En Atocha imita á las damas aristocráticas en las posiciones. Si su fulano se olvidara de mandar al automedonte que descubra la carretela, para descubrir ellos el cielo, ya tendría diversion para rato; pero por si forte, se lo recuerda mil veces; y es de ver cómo se paran enfrente del Museo para la operacion sacrosanta, peripecia casi divina del sánete matrimonial; cómo se repantiga ella con cierto desden; cómo cruza las piernas para enseñar las botas; cómo mira de reojo á los transeuntes pedestres; y cómo en fin hace la mortecina, de gusto en verdad, para el que la ve de costumbre ir en coche. Por supuesto que apenas mira á su cónyuge en todo el paseo, sino para hacer que reparen en sus mimos y mojíngangas los conocidos que la aciertan á vislumbrar. Aguarda el anochecer para las visitas, porque es la hora consagrada; pero como sus amistades viven en la misma esfera social, solo abandonan sus costumbres en la luna de miel, como ella, y sucede que no la reciben, ó porque están comiendo, ó porque duermen la siesta, ó porque la sala en desórden daría que murmurar á las recién casadas, tan pulcros en esto de muebles. Es la primera gota de la miel lunática. Fortuna que solo el cochero ha subido á la casa: la dichosa pareja en el portal hace como que esta esperando, y en realidad lo que hace es sacar enfáticamente el tarje-



[Cruz de plata cincelada.]



Libros de lujo.

tero, y doblar las tarjetas, pues han ido tan tarde para lucir uno y otras. Por la noche, al teatro. Si pueden, se abonan á palco segundo; si no, cuando menos, forman con otros casados por el tenor una sociedad en comandita para la esplotacion de un palco. Una de las condiciones, *sine qua non*, del reglamento de la sociedad, es que los recién casados han de tener el usufructo quince dias despues de la boda, seguidos y de un solo tirón. Despues se contentan con los dominijos, las pascuas y los disantos.

Como ella hasta entonces no ha sabido prácticamente qué cosa sea gemelos, no se los quita un punto de los ojos. ¿Tose un viejo en el palco próximo? *gemelazo*. ¿Se le desarruga un pliegue del vestido, ó le aprieta un poco la bota? *gemelazo*. ¿Ladra un perrito en la galería, entra un pollo en el coliseo con tacones de gallo? *gemelazo*. ¿Y hasta su pobre marido recibe su *gemelazo* correspondiente cada vez que le endereza la palabra!

Las mugeres de la clase baja no gozan por lo comun luna de miel, ni cosa parecida. Su ensayo ó aprendizaje de matrimonio tiene solamente de estrañeza y de ridículo dos cosas: que sus maridos no se emborrachan en diez ó doce dias, y que no las pegan.

En cuanto á las aristocráticas... esas sí que no la gozan por mas que lo carecen. ¿Cómo creeremos en su luna, cuando tras la noche de boda, que es apenas crepúsculo, emigran á París ó á Londres? De por fuerza han de llevar la miel en los baules, pues si la llevan en el saco de noche, sobre ser grande incomodidad y aun porquería para los compañeros de viaje, eso de andar metiendo mano á sacarla á luz cuando les venga en mientes, se nos antoja que les ha de acibarar no poco el gusto de alumbrarse. Luego, con el traqueteo de la diligencia, y con estos caminos, y con estos... ¡vaya! quizás sea aprension, pero no les debe de saber tan dulcemente. Pues concedamos que la guardan para las posadas del tránsito, ¡qué pejiquera! ó que la llevan en los baules, y hasta Londres ó París no vuelven á endulzarse la boca... ¡también es apuro! En diez ó doce dias se puede pasar, se puede podrir, puede menguar... (porque las lunas crecen y menguan, y esta mas, en nuestra opinion). Si mengua... psche... poco importa; pero si crece... ¿cómo estará, encerrada en el baul? estallando, reventando. Pues ¿y si en el camino salen ladrones? (que de todo se ve en estos tiempos de robos) ¡adios esperanzas! ¡Cuánto no echarán de menos á Madrid con sus lunas ágrías, que ellos podrian endulzar con la miel que se llevan! ¡Cuánto no maldecirán de la maldita moda! Y tenemos para inter nos que los ladrones deben de ser algo golosillos; con que si dan con un buen costal de miel de esos que dicen comedme... eh?

Asi como este artículo no pudo tener exordio, tampoco puede tener moraleja final, ni deducciones, ni reflexiones, ni cosa, en fin, que huelva á meternos en honduras. La miel se encuentra siempre en los panales; en los panales las abejas... las abejas pican. Hemos dicho.

V. BARRANTES.

NOTA IMPORTANTE.

Despues de escrito nuestro hombre, nos asalta un justísimo temor de que algunas bellas lectoras, teniéndonos por casados, nos borren del libro de sus futuras victimas, libro verde como la esperanza, y como el alimento favorito de los meli-lunáticos. Aunque sobremanera feos, cierta alma hay en nuestro almario, que aun tiene que liacer en el mundo de las suyas; y por esta y por mil y una razones mas, declaramos á la faz de nuestras lectoras lindas, que los secretos revelados en *La luna de miel*, no nos lo han sido á nosotros por la práctica, ni siquiera por la indigna parodia que suelen representar alguna vez hombres menos graves; y que el día que nos casemos, si no es el del juicio, que ni lo será ni lo puede ser, aunque nos llamen retrógrados, y cangrejos, y escritores sin conviccion, diremos secretamente: Señor, peque, á nuestra cónyuge; y si entonces, como ahora, se estilan aytos de fé, quemaremos este artículo en presencia de la suegra, del suegro, y de toda la policia matrimonial. Pilatos se lavó las manos.